

Un recuerdo de hace diez años

Hace diez años una alegre caravana de periodistas y escritores salió una mañana de la Estación Mapocho, para dirigirse al puerto a tomar el vapor Horacio, que les llevaría a Antofagasta para visitar las salitreras de la Compañía Lautaro Nitrate, invitados por las autoridades del salitre.

En este grupo de gente de letras iba Augusto D'Halmar, Pedro Prado, Eduardo Moore, Guillermo Labarca, Luis Durand, Augusto Ovalle Castillo, Jenaro Prieto y media docena de nombres más. Recordamos que el alma de la alegría chispeante de la efusiva amistad fué en esa ocasión Augusto Ovalle. La finura de su trato, la gracia espontánea de sus bromas mantenían a aquel grupo en constante hilaridad. Jenaro Prieto glosaba cada una de esas bromas y ponía una especie de colofón humorístico a cada una de las salidas de Augusto Ovalle. El uno era la gracia criolla, el hombre que sin trascendental importancia, dice cosas que aligeran su espíritu y procuran una alegría a los que le rodean. Jenaro era la cordialidad un poco burlesca, aunque no exenta de excelente camaradería. Y ahora a diez años de distancia esos buenos amigos, esos compañeros de una bella jornada de amistad, se han marchado por los insondables caminos del misterio. La muerte los ha llamado cuando aun podía esperarse tanto de su amor por esta tierra, de su talento y de sus grandes condiciones de hombres de calidad superior. Augusto Ovalle Castillo era el hombre mejor informado de Chile y su diario era una vibrante catilinaria cotidiana, a todos los gobiernos, resguardando el supremo interés del país. Jenaro Prieto, en sus artículos desde las columnas de «El Diario Ilustrado» cumplía parecida labor, fustigando todos los vicios administrativos, con su inalterable humorismo.

Ambos cayeron trabajando. En la brecha, como buenos soldados que nunca abandonaron su ideal,